

El absentismo de la intelectualidad en el deporte

“La fatal tendencia de los hombres a dejar de pensar en una cosa cuando ésta ya no ofrece lugar a dudas, es la causa de la mitad de sus errores.”

JOHN STUART MILL

Algunos pensadores han interpretado la historia de la humanidad reduciéndola a la lucha del género humano por el logro del tiempo libre. A finales del segundo milenio de nuestra era, estamos inmersos en plena civilización del ocio gracias a la innovación tecnológica, a los enormes avances del sistema productivo capitalista, a los valores constitucionales conquistados en el proceso de civilización (cuya onda histórica arranca del parlamentarismo del final del medioevo, en 1450) y al sistema de protección sanitaria que ampara a un número creciente de ciudadanos con la más alta esperanza de vida de todos los tiempos. El tiempo libre se ha convertido en un derecho real de la población que ha transformado nuestra sociedad en una sociedad de servicios. El deporte, en todas sus formas y manifestaciones, se constituye en uno de los elementos más representativos de esta sociedad en el tiempo de ocio activo.

Del deporte como práctica lúdica, educativa, higiénica y espectacular (como tragedia moderna que canaliza de forma incruenta los conflictos y rivalidades presentes) se efectúan múltiples usos, servicios e interpretaciones que determinan el signo histórico de un colectivo humano en un contexto mundial unificado y diverso a la vez. La unidad civilizatoria del planeta viene dada por la conexión e interdependencia de las distintas sociedades del globo terráqueo. La diversidad, sin embargo, está condicionada por la existencia de diferencias socioculturales, políticas y económicas, además del surgimiento de formas transnacionales de clase, poder y privilegio. En nuestra “aldea global” (afortunado término que acuñó el canadiense Marshall McLuhan, en 1962, para describir el proceso de globalización de la tierra) de finales de milenio, el deporte se ha constituido en el buque insignia de una sociedad deportivizada que contribuye decisivamente a la ingente tarea de mundialización del planeta.

El deporte y la mundialización son dos fenómenos que devienen directamente de la modernidad y están íntimamente relacionados. El primero superó en los albores de la modernidad su significación primera, su localismo inglés, su origen de clase y su entorno político para convertirse en una práctica y espectáculo polisémico, transnacional, interclasista y ambivalente en lo ideológico. A través del proceso de mundialización se logra una modernización a escala planetaria. Mediante el deporte se obtiene la sustitución de un universo de prácticas lúdicas autóctonas, poco racionalizadas, con reglas imprecisas y notable violencia, por una práctica universal, refinada, de reglas estrictas que exigen el autocontrol interiorizado de la violencia competitiva y que representa el espíritu más genuino de la modernidad.

El deporte no sólo es materia de constante actualidad entre los medios de comunicación social, sino que moviliza a diario miles de millones de personas, ofrece espectáculo para otros tantos ciudadanos del planeta, contribuye notablemente al incremento de la riqueza mundial y, además, entre otras aportaciones, constituye un poderoso medio de identificación (individual y colectiva) y conduce con éxito la agresividad natural del individuo y de los grupos, resolviendo de manera incruenta las rivalidades y conflictos no satisfechos.

La presencia del deporte en nuestro entorno es constante, su alcance es universal, sus servicios son tangibles y su acatamiento es unánime; es por ello que a nuestra centuria se la ha denominado con propiedad “el siglo del deporte”. Posiblemente, en un período histórico ulterior se nos conocerá por el extraordinario auge del deporte en un mundo globalizado por el sistema liberal capitalista, liderado por el poder hegemónico de los Estados Unidos de América; al igual que otras épocas históricas son conocidas por otros hechos que las condicionaron y las identificaron posteriormente.

No obstante y delante de una balanza figurativa, si situamos en un plato la omnipresencia del deporte en nuestro entorno, su aceptación social, su vigencia política, su importancia económica y su significación cul-

tural; y en el otro plato, el papel que ha desempeñado la intelectualidad más relevante de nuestra época con relación a este paradigmático fenómeno, nos encontramos ante una panorámica desoladora. El deporte es objeto de práctica, de espectáculo, de consumo, de adscripción, pero, paradójicamente, no parece ser objeto de ser pensado y expresado por la clase intelectual más relevante de nuestro siglo.

Los intelectuales tienen la responsabilidad de interpretar y reflexionar sobre todo aquello que atañe al ciudadano y a la sociedad de su época, para clarificar los complejos procesos a los que estamos sometidos, para anticipar al resto de ciudadanos los cambios que se producen y para alertar de los peligros de degeneración individual y colectiva que nos acechan. El intelectual debe constituirse en un inconformista de nuestro mundo que muestre pautas de comportamiento eficaz, en el ámbito individual, para ayudar a la persona a interpretarse mejor y ayudarle a encajar adecuadamente en una sociedad más tolerante, respetuosa y en buena armonía con los demás y con el entorno.

A pesar de las razones expuestas en torno a la realidad del deporte en nuestro ámbito sociocultural, el interés que éste ha suscitado entre los intelectuales más notables de nuestra época y demás ensayistas e investigadores de renombre de las distintas disciplinas académicas, es decepcionante. Podemos afirmar que la respuesta dada a este fenómeno de nuestros días por la élite de nuestro pensamiento es ridícula con relación a su importancia social. El deporte ha sido considerado entre la intelectualidad como un tema menor, de segunda clase, y con relación a este tratamiento han aparecido trabajos, referencias y aportaciones en torno al deporte pero que no han conformado las líneas maestras del pensamiento de la gran mayoría de personalidades importantes de nuestra época. Los premios Nobel, los más prestigiosos del mundo por su reconocimiento y cuantía económica, no han galardonado hasta la fecha a ningún ensayista, novelista o investigador por sus trabajos relacionados con los descubrimientos biomecánicos de la motricidad deportiva, los estudios sobre la violencia en el fútbol, la economía del deporte, la literatura de tema deportivo o por las aportaciones psicosomáticas y reeducativas del deporte adaptado entre los distintos grupos de población discapacitada.

El deporte no figura entre los temas preferidos de los autores de "best seller", los intelectuales de primera fila suelen referirse al deporte como una actividad baladí de poco interés personal e intelectual; a menudo destacan su enorme extensión pero poca profundidad y se refieren puntualmente al ámbito deportivo para denunciar o comentar (vía periodística) algún tema concreto que haya estremecido a la población: violencia deportiva, desmesura económica del fútbol, el "doping" en el deporte de alto rendimiento, etc. Si hacemos un muestreo de los principales intelectuales de los distintos campos académicos y de la bibliografía existente en cada una de estas áreas, observamos que existe un clamoroso vacío que es preciso subsanar. Salvamos ciertas excepciones, como la sociología, en la que la implicación es aceptable como corresponde a un hecho social de tales dimensiones, y la literatura periodística de carácter deportivo, propia de los potentes medios de comunicación social que analizan esta realidad diariamente.

No resulta fácilmente explicable el absentismo de la intelectualidad en torno al deporte, pero es preciso denunciarlo y reclamar las mejores energías para estudiar y conocer uno de los hechos más relevantes y determinantes de la etapa más dinámica de la historia del hombre. En un período de profundos contrastes, de grandes avances y retrocesos, el deporte se ha convertido en la religión laica de nuestro siglo. Representa fielmente a su tiempo, conlleva en sí mismo elementos relacionados y combinados con lo indiscutible y con lo razonable, por lo que resulta complejo de estudiar. Si definimos la inteligencia como la capacidad del ser humano para distinguir entre lo esencial y lo accesorio, apelamos al sentido crítico y esencialista de los pensadores y artistas más comprometidos con su tiempo para retomar sin titubeos el deporte como objeto de estudio serio, complejo, útil y de primera magnitud.

Si queremos entender el deporte como práctica humana por excelencia y encajarlo en su contexto histórico, es necesario estudiarlo con rigor y profundidad por las mejores mentes de nuestro panorama intelectual, crear escuelas que sigan de cerca esta realidad cultural y promover foros de debate y contrastación. De esta manera podremos interpretar mejor las claves de nuestro tiempo. El deporte se constituye, por su implantación social y por el compromiso personal, en un microcosmos de nuestra realidad social y en un método de análisis para adentrarse en el conocimiento del individuo de nuestra época: el "homo deportivus".